

# Janet Biehl, precursora del análisis del ecofascismo y sus raíces

NURIA DEL VISO

Janet Biehl es una destacada pensadora ecofeminista y del ecologismo social, faceta que plasmó en varios libros junto a su compañero Murray Bookchin, máximo representante del ecologismo social y con quien trabajó a lo largo de dos décadas perfilando las ideas de esta corriente del ecologismo. Desde finales de los ochenta hasta principios de este siglo publicaron en coautoría varias obras como *Green Perspectives*, *Left Green Perspectives* y *The Politics of Social Ecology*, en el que profundizaron las ideas del movimiento libertario y la democracia directa. Se dice que el propio Bookchin consideraba *The Murray Bookchin Reader*, publicación que Biehl editaba, la mejor introducción a sus ideas.

Autora polifacética, publicó en 1995 el libro *Ecofascismo. Lecciones sobre la experiencia alemana* junto a Peter Staudenmaier, colaborador –como Biehl– del Instituto de Ecología Social y profesor de Historia especializado en la Europa moderna. En este libro, los autores argumentan que los nexos entre fascismo y medioambiente se consolidaron durante el régimen nazi, aunque con importantes antecedentes que se remontan a finales del siglo XIX y a la conformación del movimiento *völkisch* que, como explica la autora en el extracto publicado en este número, alcanzó su cima en la década de los años veinte del siglo pasado.

Hoy día el término *ecofascismo* está plenamente integrado en el lenguaje, pero conviene recordar que el libro se publicó originalmente en 1995 (aunque la traducción española llega en 2019 a partir de la edición de 2011), cuando este concepto era ajeno a los debates libertarios o los de las izquierdas en general. El libro tuvo una buena acogida en sus dos ediciones y recibió positivas críticas, pero también levantó ampollas en el movimiento ecologista, generando cierta polémica. Como se recoge en el Prefacio, el libro se publicó «en un momento en que los radicales estadounidenses debatían acerca del lugar que debía ocu-

par la crisis ecológica» (p. 7). Así, además de introducir el término, la novedad del libro radica en poner en evidencia cómo «la historia de las políticas ecologistas no fue siempre inherente y necesariamente progresista y benigna», sino que estas ideas «arrastran una historia de distorsión y manipulación al servicio de fines altamente regresivos» (p. 9). Si bien el texto puede atribuir un peso desmesurado a los antecedentes del pensamiento “verde” nazi en el ecologismo, este libro fue vanguardista al inaugurar una interesante línea de reflexión que ha llevado a asentar la noción de *ecofascismo*. Pese a los pros y contras, parece plenamente justificado que el libro *Ecofascismo* se haya convertido en texto de referencia.

El fragmento seleccionado para Referentes forma parte de la contribución de Janet Biehl al libro mencionado, de la que se han extraído dos partes. En la primera, Biehl explora las raíces del ecofascismo en la ideología *völkisch* que alimentó las ideas del régimen nazi sobre una supuesta naturaleza intacta y prístina, pero también su concepción mesiánica de un territorio soberano y un pueblo. En la segunda parte, Biehl advierte sobre los peligros que acechan a una visión progresista del ecologismo si ciertas ideas son cooptadas desde la ultraderecha autoritaria, esencialista y excluyente. Tal papel lo ha retomado actualmente la ultraderecha europea, que está desarrollando un pensamiento propio en torno a asuntos medioambientales por puro pragmatismo, dado que son cuestiones que preocupan a la ciudadanía. Por tanto, el peligro de la emergencia de ideas ecofascistas planteado en el libro adquiere hoy —en la presente fase de crisis ecosocial— máxima actualidad y relevancia.

Muchos de los partidos de la ultraderecha europea están logrando conectar con eficacia los problemas ecológicos con los sociales, es decir, con los malestares de la gente para desarrollar un argumentario privativo y excluyente. Establecen un nexo entre “la tierra” y “el pueblo”, y afirman la creencia en una nación como sujeto colectivo enraizado en “su” territorio, creándose así una peligrosa tríada territorio(naturaleza)-nación-pueblo. Esta tríada les sirve para entrelazar cuestiones medioambientales con la inmigración, justificando ideas racistas y xenófobas, así como el cierre de fronteras, ideas y prácticas que se expresan cada vez de forma más abierta y desacomplejada (el último episodio se ha visto con el tratamiento a los refugiados afganos). Se trata de una visión esencialista de la nación y de la ciudadanía, excluyendo de forma tajante y definitiva a la ciudadanía a toda persona nacida en otros territorios. Este *etnonacionalismo* —como lo denominan Schaller y

Carius—,<sup>1</sup> basado en cuestiones étnicas, *völkisch* e interpretaciones ultraconservadoras del cuidado de la naturaleza está presentes en muchos de los partidos actuales de ultraderecha. Estos partidos, como dirían Biehl y Staudenmaier, «invocan nuevamente temas ecológicos para ponerlos al servicio de la reacción social».

Muchos de estos partidos utilizan retóricas populistas, esto es, dividen a la sociedad en dos bloques: “el pueblo”, puro y auténtico, y “las elites”, corruptas, globalistas y alejadas de los intereses nacionales. A su vez, la supuesta pureza del pueblo en términos raciales se equipara con la pureza natural.

Otra característica derivada de su acervada defensa de la soberanía nacional es su reticencia a cualquier forma de globalismo, multilateralismo o cosmopolitismo. Es esa filia localista la que conduce a que varios de estos partidos a apoyar las energías renovables, ya que permiten reducir la dependencia energética y favorecen la creación de empleo localmente.

Aunque caben ciertas generalizaciones sobre estos partidos, existe un amplio rango de posiciones en cuestiones ecológicas dentro de la ultraderecha europea. Como muestran Schaller y Carius, 7 de los 21 partidos populistas de extrema derecha europeos niegan el consenso científico sobre el cambio climático y sus causas (los negacionistas más convencidos son el británico UKIP y el partido alemán AfD, que, sin embargo, vivió una polémica interna sobre el tratamiento del cambio climático después de los negativos resultados en las elecciones europeas de 2019). Sin embargo, la mayoría de los partidos (11) despliegan visiones inconsistentes o ambiguas, como el francés Agrupación Nacional, la Liga (Italia) y el PiS polaco —a este grupo habría que añadir a Vox, con posiciones muy variables, por ejemplo, en torno a cambio climático, dependiendo del o la ponente en sus intervenciones parlamentarias—, mientras que tres partidos se alinean con el consenso científico: el húngaro Fidesz, el Partido de los finlandeses y el lituano Orden y justicia, los tres involucrados en tareas de gobierno.

Estas visiones, junto a la retórica de la superpoblación (siempre sobran “los otros”, claro) se complementa con el “no cabemos todos” —que evoca el concepto nazi del *lebensraum*, el espacio vital— y se incorpora la ética del bote salvavidas (que, de hecho, es la que ya se está aplicando en la gestión de las migraciones desde el Norte global).

---

<sup>1</sup> Stella Schaller y Alexander Carius, *Convenient Truths*, Adelphi, Berlín, 2019.

Tales elementos conforman los mimbres para un posible argumentario ecoautoritario, a tenor de los retos que va planteando la crisis ecosocial y cuyas amenazas, agitadas adecuadamente, avivan los miedos, a los que la ultraderecha europea –y de otros lugares– responde con miopes promesas de seguridad y protección. La ideología que está tomando cuerpo puede adquirir tintes violentos no solo dialécticos sino físicos como muestran los atentados de Christchurch (Nueva Zelanda) y El Paso (EEUU).

Al explorar la experiencia alemana, Biehl nos advierte de los peligros del mal uso de las ideas ecológicas para lograr los propios fines. Y es precisamente el acento en las cuestiones sociales y la atención al bienestar de la ciudadanía lo que Biehl considera la única salida para evitar que el ecologismo se deslice hacia «respuestas autocomplacientes, o derive en un fascismo bañado con una pátina ecologista», llámese fascismo o de otra forma, una posibilidad real en un contexto de crisis ecosocial.

Las palabras de Biehl siguen conservando hoy todo su valor al señalar que no todo pensamiento ecologista se vincula a la izquierda de forma automática y revela esa otra cara del ecologismo regresivo. Ante los argumentos que empieza a desplegar la ultraderecha se hace evidente que la amenaza del ecofascismo, de los que nos alerta este texto, vuelve a cobrar relevancia en la tercera década del siglo XXI.

**Nuria del Viso Pabón** es miembro de FUHEM Ecosocial y forma parte del consejo de redacción de la revista PAPELES.

